

II Domingo de Adviento

Todos verán la salvación de Dios
(Lc 3,1-6)

ANTÍFONA DE ENTRADA (Is 30,19.30)

Pueblo de Sión: mira al Señor que viene a salvar a los pueblos. El Señor hará oír su voz gloriosa en la alegría de vuestro corazón.

No se dice "Gloria"

ORACIÓN COLECTA

Señor todopoderoso, rico en misericordia, cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo; guíanos hasta él con sabiduría divina para que podamos participar plenamente del esplendor de su gloria.

PRIMERA LECTURA (Ba 5,1-9)

Dios mostrará tu esplendor

Lectura del Libro de Baruc

Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te da, envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno, porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo. Dios te dará un nombre para siempre: «Paz en la justicia» y «Gloria en la piedad». Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia el oriente y contempla a tus hijos, reunidos de oriente a occidente a la voz del Santo, gozosos invocando a Dios. A pie se marcharon, conducidos por el enemigo, pero Dios te los traerá con gloria, como llevados en carroza real. Dios ha mandado abajarse a todos los montes elevados y a las colinas encumbradas, ha mandado llenarse a los barrancos hasta allanar el suelo, para que Israel camine con seguridad, guiado por la gloria de Dios. Ha mandado al bosque y a los árboles aromáticos hacer sombra a Israel. Porque Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia

SALMO RESPONSORIAL (Sal 125, 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5. 6)

R/. El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres..

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares. **R/.**

Hasta los gentiles decían:
«El Señor ha estado grande con ellos».
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres. **R/.**

Que el Señor cambie nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.
Los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares. **R/.**

Al ir, iba llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando,
trayendo sus gavillas. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Pe 3, 8-4)

Que lleguéis al día de Cristo limpios e irreprochables

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Filipenses 1, 4-6. 8-11

Queridos hermanos: Hermanos: Siempre que rezo por todos vosotros, lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy. Ésta es mi convicción: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús. Testigo me es Dios de lo entrañablemente que os echo de menos, en Cristo Jesús. Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia, por medio de Cristo Jesús, a gloria y alabanza de Dios.

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Lc 3,4-6)

R/. Aleluya, aleluya

Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos. Todos verán la salvación de Dios.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Mc 1,1-8)

Todos verán la salvación de Dios

Lectura del santo evangelio según San Lucas

En el año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes virrey de Galilea, y su hermano Felipe virrey de Iturea y Traconítide, y Lisania virrey de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

«Una voz grita en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
allanad sus senderos;
elévense los valles,
desciendan los montes y colinas;
que lo torcido se enderece,
lo escabroso se iguale.
Y todos verán la salvación de Dios».

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que los ruegos y ofrendas de nuestra pobreza te conmuevan, Señor, y al vernos desvalidos y sin méritos propios, acude compasivo, en nuestra ayuda.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Bar 5,5;4,36)

Ponte en pie, Jerusalén; sube a la altura, contempla el gozo que Dios te envía.

ORACIÓN DESPUÉS DE COMUNIÓN

Alimentados con esta Eucaristía te pedimos, por la comunión de tu sacramento, nos des sabiduría para sopesar los bienes de la tierra amando intensamente los del cielo

Lectio

En este **segundo Domingo de Adviento**, la liturgia nos pone **a la escuela de Juan el Bautista**, que predicaba «anunciando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados» (Lc 3,3). El primer domingo de Adviento escuchamos el grito gozoso que nos animaba: “cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca nuestra liberación” (Lc 21,28). En las lecturas de este segundo domingo vemos ya al heraldo, al pregonero: Juan Bautista. Es el predicador del desierto, que encarna la figura de aquel mensajero en el que pensaron los Profetas, que vela delante de los desterrados de Babilonia, y que iba anunciando de monte en monte la liberación de los cautivos (primera lectura).

En el Evangelio lectura el heraldo o el precursor de la salvación nos habla de los caminos por donde han de pasar los libertados: una senda llana, donde “todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, y donde todo lo tortuoso será recto” (Lc 3,5). Este es el itinerario que vemos marcado por san Pablo en la segunda lectura, a los Fieles de Filipos (1,4-11).

Contexto

Lucas proporciona datos que permiten situar a Jesús en la Historia. Los nombres que cita indican el año 27 de nuestra era como el comienzo del ministerio profético de Juan. Al escribir esos acontecimientos ya habían pasado 30 o 35 años.

Después de los dos años de caos de Arquelao, hijo y sucesor de Herodes el Grande, los romanos dividieron el país judío en cuatro (en griego tetra, de donde proviene el nombre de tetrarcas otorgados a los príncipes). Pusieron a Judea bajo la autoridad del gobernador de Siria y poncio Pilatos eran su procurador. El resto del territorio donde los Judíos eran mayoría formaba tres tetrarquías, la principal de las cuales, la Galilea, estaba gobernada por Herodes Antipas, hijo de Herodes el grande.

El desmembramiento de la tierra santa era un desafío a las promesas de Dios, como también el hecho de que se nombraran dos sumos sacerdotes, ya que, según la Ley, los sumos sacerdotes se sucedían de padre a hijo y lo eran por toda la vida. En esta situación humillante, la predicación de Juan Bautista es una novedad y sacude al pueblo.

En los dos primeros capítulos Lucas nos mostró como el Hijo de Dios se había insertado en la humanidad. Al acercarse el tiempo en que el Padre quería que empezara su misión, entro con mucha sencillez en una corriente que otro, Juan Bautista, había suscitado.

Estructura del texto:

Lc. 3,1-2. Lucas proporciona datos que nos permiten ubicar a Jesús en la historia, y colocación de la acción de Juan en el tiempo y en el espacio.

Lc. 3,3. Resumen de la actividad de Juan. La predicación de Juan despierta un interés enorme: Están por cumplirse las promesas, y que Dios anuncia su venida.

Lc. 3,4-6. Iluminación bíblica de la actividad de Juan: define la misión de Juan, “Preparen el camino del Señor, enderecen sus sendas”.

Comentario del texto

Lucas retoma un texto de Isaías 40 que hablaba del regreso a Palestina de los exiliados en Babilonia. En realidad la Palabra de Dios apuntaba más alto: se refería a otro tipo de retorno, que me rece el nombre de conversión. Después de ella se vería la salvación. Se notará que para el profeta el Señor es Yahvé, para Lucas el Señor es Jesús y en él se verá la salvación de Dios.

El mensajero es Juan Bautista (que junto con Isaías y María, forma parte de la tríada que nos acompañará en todo este tiempo litúrgico). Fue un profeta querido y temido, porque decía las verdades con coraje y sin miedo. Le costó caro su amor a la verdad. Pero no sólo la decía, sino que sobre todo la vivía.

Su mensaje llega hoy hasta nosotros haciéndonos la misma invitación que hace 2000 años hizo a otra gente: está por venir otro, alguien especial, por quien el corazón de todos los hombres ha estado siempre en vilo; avivad, pues, vuestra espera, encended vuestra esperanza, y cambiad, convertíos, porque Él, el esperado por todos está por llegar.

Meditación

En este segundo domingo de Adviento, la liturgia nos pone en la escuela de Juan el Bautista, que predicaba «un bautismo de conversión para perdón de los pecados». Una voz clama en el desierto:

“Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas para nuestro Dios”. El profeta afirma claramente que no es en Jerusalén, sino en el desierto, donde se cumplirá esta profecía es decir, la manifestación de la gloria de Dios a los hombres.

Estas cosas se cumplieron en la historia y a la letra cuando Juan Bautista predico la venida salvadora de Dios en el desierto del Jordán, donde se revelo la salvación de Dios. Porque Cristo se manifestó y su gloria se Hizo patente a todos cuando, en su bautismo, se abrieron los cielos y el Espíritu Santo, descendiendo en forma de paloma, permaneció sobre él y se oyó la voz del Padre que daba testimonio de su Hijo: Este es mi hijo muy amado, escuchadlo.

Estas cosas se dijeron porque Dios iba a venir a un desierto que había estado siempre cerrado e inaccesible: todas las naciones estaban privadas del conocimiento de Dios, y los justos y los profetas evitaban el trato con ellas. Por eso aquella voz manda preparar un camino a la Palabra de Dios y enderezar las sendas, para que cuando llegue nuestro Dios pueda avanzar sin obstáculos.

Preparad el camino del Señor: este camino es la proclamación de la buena noticia que trae a todos un nuevo consuelo, que desea ardientemente hacer llegar a todos los hombres el conocimiento de la salvación de Dios. (De los documentos de Eusebio de Cesarea, Obispo).

La voz del Bautista grita también hoy en los desiertos de la humanidad, que son las mentes cerradas y los corazones duros, y nos hace preguntarnos si en realidad estamos en el buen camino, viviendo una vida según el Evangelio.

Hoy, como entonces, nos advierte con las palabras del profeta Isaías: «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos». Es una apremiante invitación a abrir el corazón y acoger la salvación que Dios nos ofrece incesantemente, casi con terquedad, porque nos quiere a todos libres de la esclavitud del pecado... Y la salvación se ofrece a todo hombre, todo pueblo, sin excepción, a cada uno de nosotros. Si miramos a nuestro alrededor, nos encontramos con personas que estarían disponibles para iniciar o reiniciar un camino de fe, si se encontrasen con cristianos enamorados de Jesús. ¿No deberíamos y no podríamos ser nosotros esos cristianos? Os dejo esta pregunta: «¿De verdad estoy enamorado de Jesús? ¿Estoy convencido de que Jesús me ofrece y me da la salvación?».

Si estoy enamorado de Jesús, debo darlo a conocer. Pero tenemos que ser valientes: bajar las montañas del orgullo y la rivalidad, llenar barrancos excavados por la indiferencia y la apatía, enderezar los caminos de nuestras perezas y de nuestros compromisos. (Papa Francisco).

Preguntémonos:

¿Qué aspectos debemos enderezar en nuestra vida, para ver la salvación de Dios?

¿Generalmente que voz oigo gritar en mi mente, en mi corazón, en mi camino?

Cuál puede ser mi compromiso en este tiempo de Adviento: ¿en mi familia, en mi parroquia en mi comunidad?

Que nos ayude la Virgen María – que es Madre y sabe cómo hacerlo – a derribar las barreras y los obstáculos que impiden nuestra conversión, es decir nuestro camino hacia el encuentro con el Señor ¡Solamente Él puede dar cumplimiento a todas las esperanzas del hombre!

Apéndice

DEL CATECISMO DE LA IGLESIA

El precursor del Mesías

717 «Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan» (Jn 1, 6). Juan fue «lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre» (Lc 1, 15.41) por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La «visitación» de María a Isabel se convirtió así en «visita de Dios a su pueblo» (Lc 1, 68).

718 Juan es «Elías que debe venir» (Mt 17, 10-13): El fuego del Espíritu lo habita y le hace correr delante [como «precursor»] del Señor que viene. En Juan el Precursor, el Espíritu Santo culmina la obra de «preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (Lc 1, 17).

719 Juan es «más que un profeta» (Lc 7, 26). En él, el Espíritu Santo consume el «hablar por los profetas». Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías. Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la «voz» del Consolador que llega (Jn 1, 23). Como lo hará el Espíritu de Verdad, «vino como testigo para dar testimonio de la luz» (Jn 1, 7). Con respecto a Juan, el Espíritu colma así las «indagaciones de los profetas» y el ansia de los ángeles: «Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo... Y yo lo he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios... He ahí el Cordero de Dios» (Jn 1, 33-36).

720 En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la «semejanza» divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento.

La adoración, acto de humildad

2096 La adoración es el primer acto de la virtud de la religión. Adorar a Dios es reconocerle como Dios, como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo lo que existe, como Amor infinito y misericordioso. «Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto» (Lc 4, 8), dice Jesús citando el Deuteronomio (6, 13).

2097 Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la «nada de la criatura», que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como hace María en el Magnificat, confesando con gratitud que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo. La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo.